

Fiesta del Divino Rostro
13 de febrero de 2024
Homilía del Cardenal Mario Aurelio Poli

Hoy la Liturgia nos invita a dirigir una mirada contemplativa al Divino Rostro de Jesús.

Los salmos son un alimento cotidiano de nuestra oración, y muchos de ellos nos hablan del Rostro de Dios.

Entre tantos otros, me impresionó el salmo 4: “¿Quién nos hará ver la dicha si la luz de tu Rostro ha huído de nosotros?”. El cristianismo ofrece una felicidad que no es de este mundo. El Santo Rostro del Señor es fuente de felicidad y el salmo invita a pensar que nuestra buena ventura consiste contemplar el Rostro de Dios.

Si bien es cierto que los salmos hablan del rostro de Dios Padre, es el mismo que se espejó en la faz de su Hijo amado desde el instante de su encarnación. De tal forma que, quien contempla a Jesús, contempla también al Padre (Jn 14,9).

Si nos alejamos de su Divino Rostro, no conoceremos la felicidad que nos espera.

Hoy rezamos en la liturgia de las horas con el salmo 42: “¿Cuándo iré a contemplar el Rostro de Dios?”

Es un deseo del salmista y lo es también de todo cristiano, buscar en todo el tiempo el Divino Rostro de Jesús, para dejarnos cautivar por la atracción de la belleza de Dios reflejada en la de su Hijo Amado: es la atracción de la belleza de divina... como lo dice el salmo 44: “Eres el más bello de los hombres...”

Leemos en el Salmo 105: “Recurran al Señor y a su poder, busquen constantemente su Rostro”.

La oración de los salmos es una invitación persuasiva y permanente a volver a contemplar en todo tiempo al misterio que se revela en el Divino Rostro. ¿Por qué? Porque los salmos nos van dando sabiduría y nos habitúan, día tras día, a buscar y hallar al Dios escondido en el rostro de nuestro prójimo como nos enseñó Jesús: « El que dice: «Amo a Dios», y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?» (cf. 1 Jn 4,20)

Orando con los salmos nos vamos acercando al entrañable misterio de amor que revela su divino Rostro. Cuando lo contemplamos desfigurado en su pasión es porque se identificó con nuestros rostros de pecado; veamos cómo lo enseña San Pablo: «A aquel que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado en favor nuestro» (2 Co 5,21). A su vez, cuando descubrimos el rostro pascual, iluminado por su resurrección es primicia de los nuestros cuando recuperamos la vida de la gracia. El Rostro de Dios es verdaderamente un misterio muy grande, que Jesús quiso revelarlo a los pequeños (Mt 10, 42).

El Rostro de Jesús desfigurado en la Pasión es el nuestro, por consecuencia del pecado. El rostro iluminado del Señor resucitado es el nuestro, redimido por su sacrificio de amor.

El Rostro de Dios es verdaderamente un misterio muy grande, y Jesús dio gracias a su Padre porque sólo lo reveló a los pequeños (Mt 11,25; Lc 10,21).